Pregón Concepcionista de Hurtado de Mendoza
7-XII-1986

Rvdo. Ministro del Altar, Rvdo. Padre Presentador, Sr. Hermano Mayor, Junta de Gobierno y Hermanos de la Muy Antigua y Venerable Archicofradía Sacramental de Nazarenos del Santísimo Cristo de la Redención y Nuestra Señora de los Dolores, señoras y señores

Gratitud, profunda gratitud ha de impregnar estas primeras palabras. Sincero agradecimiento por las suyas a mi ilustre presentador, que ha querido adornarme con unos méritos inexistentes de los que no reniego porque no me pertenecen y sólo existen en la buena voluntad del que me los ha atribuído, buena voluntad que sí, también es mía y es quizás el único merecimiento de que puedo vanagloriarme. Buena voluntad que nos convierte, según la traducción conciliar, en hombres a los que ama el Señor. Y, ¿qué más podemos desear?

Edificado este justo pórtico de gracias, he de comenzar diciendo que toda una teoría de sentimientos encontrados se apoderó de mí cuando la Hermandad de los Dolores me honró encomendándome este pregón, esta exaltación de la Virgen Inmaculada, con que anualmente se postra a los pies de la Señora. De una parte, el conocimiento de mi insignificancia. De la otra, la dimensión casi infinita, en altura, en latitud y en profundidad, del asunto. En altura, porque es preciso escalarlas, es preciso luchar contra el vértigo para cantar la gloria de la Inmaculada. En latitud, porque estas glorias se extienden de un lado a otro, llenando el mundo, y en profundidad porque es necesaria la sabiduría de un teólogo para explicarla. Menos mal que mi insignificancia ya reconocida, armada de esa buena voluntad de que al principio justamente blasonaba, me va a permitir, con al auxilio de la Virgen, el entonar un cántico a su Inmaculada Concepción.

Y pues que la Virgen es nuestra Madre, vais a tolerarme que aquí, ante ella y ante vosotros, dedique un recuerdo a mi madre terrenal, que supo guiarme hasta nustra Madre celeste.

Yo pasé, como todos los de mi generación, de la infancia a la adolescencia en una época histórica difícil, muy difícil. Y mi madre quiso que en aquella difícil coyuntura, coetánea con un también difícil período de mi vida, sus maternales esfuerzos estuvieran amparados por el manto azul de la Purísima, que a ella le ayudara y a mí me protegiera, y me llevó a una Congregación Mariana. Y fuí primero Estanislao y luego de los Luises, y por eso, parafraseando a Marcelino Menéndez y Pelayo, yo puedo decir, no como él en su oda inmortal a Horacio "yo guardo con amor un libro viejo", sino "yo guardo con amor una añeja medalla", esta medalla de la Virgen y San Luis Gonzaga que, pendiente de un cordón de un desvaído blanquiazul, cuelga hoy de mi cuello y protege mi pecho. Y, asido a ella, yo, que nada sé, yo, que nada puedo, yo, que nada valgo, espero que sabré y podré entonar un rosario de alabanzas a mi Madre del cielo y que desde allí me sonreirá mi madre de la tierra. Y, si en años anteriores, estuve acompañado en esos bancos por la que ha sido, durante cerca de cuarenta años, mi compañera en mi peregrino caminar, también espero que ella, con mi madre, las dos, escuchen desde arriba unas torpes palabras que no tienen otro mérito, repito, que el de mi buena voluntad.

No espéreis, pues, de mí todo un cúmulo de argumentaciones en favor del dogma que vamos a exaltar. En primer lugar, lo dije antes, no soy teólogo. ¿Qué más quisiera yo? En segundo lugar, todo está ya dicho, incluso desde este mismo sitio y en años anteriores. Y está bien dicho. Admirablemente dicho. Por ello, he de limitarme a enunciar dos o tres verdades, que sean como los pilares sobre los que se edifique una conclusión. Verdades, por otraparte, dirigidas a creyentes, y a creyentes, como vosotros, esto es, fervorosos. Y por si fuera poco, a creyentes españoles, que en medio de los siniestros -siniestros- vendavales que periódicamente azotan nuestra Patria, han sabido conservar intacto el tesoro de su fe. A creyentes andaluces, de Andalucía, de -lo diremos con la frase popular- la tierra de María Santísima. Y, por último -pero no lo último- a creyentes malagueños, de esta Málaga bendita que dentro de poco más de veinte días se apiñará, al filo de

media noche y en la Plaza de Capuchinos, alrededor de la imagen de la Purísima, para decirle en la oscuridad del novilunio que Málaga es un inmenso corazón, de marianas resonancias,que esa noche laten ak unísono en derredor de la Pura y Limpia Concepción.

Hace unos instantes me refería a que no esperáseis de mí más que la exposición de dos o tres verdades absolutas y ~~esquemáticas~~ axiomáticas: Dios, la pura y absoluta omnipotencia, pudo preservar del pecado original a la mujer que escogió para Madre de su Hijo. Jesús, la segunda Persona de la Santísima Trinidad, descendió hasta nosotros para redimirnos y se hizo hombre, igual a nosotros, menos en el pecado.

Esquematizando, podemos decir que la culpa de nuestros primeros padres, la culpa de Adán y Eva, ha recaído en el género humano por ley de herencia y que la humanidad entera, salvo María, ha sido y es concebida en pecado, del que con su sangre nos redimió Jesucristo, con redención plena; pero que se nos transmite en el bautismo. La Santísima Virgen, fué "sine labe concepta", concebida sin pecado original, por un don concedido por Dios, en vista de los méritos de Jesucristo.

Esta noción está insinuada en el Génesis, Cap. III, v. 15: "Pongo perpetua enemistad entre tí y la mujer. Y entre tu linaje y el suyo: éste te aplastará la cabeza y tú le morderás a él el calcañal".

Dios puso enemistad, sin limitación, entre la Virgen y el demonio. Si hubiera habido pecado original, habría habido limitación.

Y en la salutación angélica, el Arcángel San Gabriel dice a la Virgen: "Dios te salve, llena de gracia", plenitud que excluye el dominio aunque fuera, efímero, del enemigo del género humano.

En los Proverbios, Cap. VIII, v. 23, en una clarísima alusión a la Inmaculada, se dice: "Desde la eternidad fuí yo ungida; desde los orígenes, antes que la tierra fuese".

Y en el Eclesiastés, Cap. XXIV, v. 25 de la Vulgata, se declara: "En mí está toda la gracia del camino y de la verdad, en mí toda esperanza de la vida y de la virtud".

Por último, en el Cantar de los Cantares, Cap. IV, v. 7, dice el esposo a la esposa: "Eres del todo hermosa, amada mía, no hay tacha en tí".

Por todo ello, los Santos Padres profesaron como verdad incuestionable que la Virgen fué concebida sin pecado original. San Justino, San Ireneo, Tertuliano, Firmio, San Cirilo de Jerusalén, San Epifanio

Teodoto, Gudulio, San Hipólito, Orígenes, San Ambrosio y San Agustín fueron ardientes defensores de la Inmaculada Concepción de la Virgen, creencia ésta que fue defendida, desde el sentimiento y desde la razón, a lo largo de toda la historia.

Ya a principios del Siglo V se celebraba en el Patriarcado de Jerusalén, con el nombre de Concepción de Santa Ana. Después, la verdad fue recogida en el Concilio de Letrán del año 649, en su canon 3º, y en el Constantinopolitano III, en el año 680.

En España, desde el Siglo VII, en Nápoles y Sicilia, desde el IX, en Inglaterra y Francia, desde el Siglo XI, en Lombardía en el mismo siglo, se profesó asimismo tan universal creencia.

Es en el Siglo XII cuando comienza la verdad a ser combatida y es curioso que sea San Bernardo el que exprese sus dudas, aunque las someta a la decisión de la Santa Sede. Decía que si la Redención es universal, la no existencia de pecado original en María hubiera implicado una falta de Redención de la misma, lo que era imposible. Se le repuso que el don, el privilegio por el que María fue preservada del pecado original constituía precisamente su Redención.

En estas luchas teológicas, recrudecidas luego en Basilea, el campeón de la Concepción Inmaculada fué Duns Escoto, con su famosa proposición "decuit, potuit, ergo fecit", esto es, "era conveniente y Dios la pudo hacer, luego lo hizo".

Y de nuevi España. Barcelona (1390), Zaragoza (1391), Valencia (1394), las Cortes de Cataluña (1454-1458) con la pena de destierro a los contrarios. Luego, la Universidad de París, la de Oxford, la de Cambridge, la de Colonia, la de Maguncia, la de Valencia, desde finales del Siglo XV a mediados del XVI. Y Trento, de 1545 a 1563, donde brillaron numerosos teólogos, entre ellos Don Pedro Pacheco, Obispo de Jaén, y los de la Compañía de Jesús. Y en el Siglo XVII la Universidad de Granada, con el voto de sangre.

Y, por fin, la fecha magna, el sublime acontecimiento, esperado durante siglos y siglos por la humanidad, esta doliente humanidad que a lo largo de centurias, sostenida por los Padres de la Iglesia en los primeros tiempos del cristianismo, gimiendo desde este valle de lágrimas en medio de las tinieblas del Medievo, impertérrita en su fe durante los modernos tiempos, reclamaba incansable que se reconociese a la Madre de Dios lo que por singular privilegio le pertenecía. Un argentino repique de campanas de gloria anunciaba al mundo la proclamación del dogma. Era el 8 de diciembre de 1854, hace ciento treinta y dos años; Su Santidad Pío IX, Obispo de Roma, Patriarca de Occidente, Siervo de los Siervos de Dios, tuvo, en medio de las amarguras sin cuento de su pontificado, la santa alegría de declarar verdad de fe la Pura, Limpia e Inmaculada Concepción de la Virgen María. La blanca figura del Pontífice, rodeada de la púrpura de 54 cardenales, del oro de 42 arzobispos y 98 obispos y de 50.000 peregrinos llegados de todo el mundo, se agigantó solemne para entrar en la historia como el Papa de la Inmaculada. Hoy que, en pocas horas, podemos dar la vuelta al mundo, no podemos imaginar lo que hace bastante más de un siglo supuso congregar en Roma aquel gentío. Pero Dios lo quiso. Dios quiso que para todos resplandeciese el don que quiso conceder a una humilde doncella hebrea en atención a los méritos de Jesucristo. Y nosotros, pecadores, redimidos por la sangre de Nuestro Señor, tenemos el legítimo orgullo de contar con una madre inmaculada, pues desde la Cruz nos fué dada por Madre. No fueron vanos los esfuerzos de santos y teólogos, de pueblos y universidades, de naciones, sínodos y concilios, de -digámoslo con el texto de una humilde letrilla, valiente y fervorosa- todo el mundo en general, para terminar con el reconocimiento de lo que antes del tiempo ya estaba decretado.

Mirad. Se ha dicho que nuestra lengua, el español, está hecha para hablar con Dios. Es una lengua recia; pero sin asperezas. Dulce; pero no melifluá. Es una hermosa lengua para decir a la Virgen Inmaculada: Todo el mundo en general, a voces, Reina escogida, diga que sois concebida sin pecado original.

Y en aquella oleada de fervor mariano que sacudió al mundo, también las artes bellas se postraron ante la Madre de Dios. Y sin que pretendamos, como españoles, monopolizar tan piadosos homenajes, sí digamos que, al menos en pintura, dimos ciento y raya a los demás países, pues mientras tan sólo los pinceles de Lucas Signorelli, de Pier de Lorenzo y de Quellyn plasmaron el misterio (y aun, aun, se dice que los cuadros debidos a estos artistas más bien se refieren a la Asunción que a la Concepción), en España raro ha sido el pintor que no ha trasladado al lienzo la Imagen de Nuesra Señora como Virgen Inmaculada, como Sine labe concepta. Ribera, Antolínez, Juan de las Roelas, Zurbarán, Escalante, Valdés Leal, Juan de Juanes, Espinosa, Orrente y Maella, entre otros, dieron a luz en toda su belleza policroma a la Pura y Limpia Virgen María; pero a todos ganó un andaluz, que arrancó de nuestro cielo toda la gama de los azules para trasladarlos a su mágica paleta, de donde fueron a parar, en enfervorizados trazos, entre un revolar de angélicas plumas, a los innumerables cuadros que, con tan celestial tema, dedicó a la Inmaculada. Y hoy se cuentan veintisiete lienzos -¡veintisiete!- veintisiete Inmaculadas, como originales formalmente atribuídos a Bartolomé Esteban Murillo, amén de otras muchas atribuciones que no gozan de la nota de indubitada certeza.

También la escultura se honró con tan sublime tema y las gubias de Alonso Cano y de Juan Montañés legaron a la posteridad unas imágenes que si de un lado, del principal, son acicate para nuestra piadosa contemplación, de otro satisfacen los más artísticos sentimientos.

¿Y la poesía? No podía estar ausente de esta gloriosa corona que circunda como homenaje de la humanidad a la Inmaculada.

Tengo que confesar que para ilustrar mis pobres palabras con las elocuentes muestras de la lírica española y de la de aquellos pueblos de nuestra estirpe, he experimentado lo que los franceses llaman "l'embarras du choix" y, en aras de la brevedad, he sacrificado sin piedad, dolorosamente, composiciones poéticas que es lastimoso que no sean esta tarde traídas aquí; pero no puedo resistirme a citar algunas, modernas y antiguas, aunque las citaré casi todas ellas fragmentariamente.

Así, Adriano del Valle dedica un rosario de décimas a la Pura y Limpia Concepción de María, de las que la más significativa dice:

Inmaculada por Pura,
mejor aún, por Purísima,
azul y blanca, blanquísima,
por el Dogma de su alburu,
de su virginal blancura
un azul celeste nace
que en resplandor se deshace,
transparentando en vislumbre,
y en delgadísima lumbre
que nace, muere y renace.

Y de los antiguos, Fray Luis de León, en el curso de una bellísima composición que a él le debemos, nos canta:

Virgen no inficionada
de la común mancilla y mal primero
que al humano linaje contamina.

Es Luis de Góngora y Argote el que con su elocuente aunque rebuscado culteranismo nos dice:

Si ociosa no, asistió Naturaleza
incapaz a la tuya, oh, gran Señora,
concepción limpia, donde ciega ignora
lo que muda admiró de tu pureza.

Y Moreto, en catorce endecasílabos que son un portentoso resumen de todo un tratado de teología, nos adoctrina así:

En el cielo se vio de luces bellas
una hermosa mujer del sol vestida,
y con ojos de púrpura encendida
amenazó un dragón sus blancas huellas.
Figura fue esta tuya que atropellas
la imagen de la luz que nos da vida,
la que sin culpa ha sido concebida,
más pura que el candor de las estrellas.
Dios se llama de dar, y no ha pagado
menos que recibió, grandeza no era
de su poder no haberla preservado;
porque si carne en culpa Dios la diera,
cuando ella, pura y santa, se la ha dado,
más liberal que Dios su madre fuera.

Antes de pasar a los americanos, doy fin a los españoles con el "monstruo", con Don Francisco de Quevedo y Villegas, que tiene en otro soneto résonancias de argumentación teológica, sobre todo en los dos versos finales. Dice así:

Hoy por el mar Bermejo del pecado,
que en los vados cerúleos espumosos
sepultó sin piedad los poderosos
ejércitos del príncipe obstinado.
Pasa, Virgen, exento y respetado
vuestro ser de los golfos procelosos;
así por los decretos misteriosos
en vuestra Concepción fue decretado.
Quien puede y quiere, con razón colijo
hará cuanto a su mano se concede,
y más que hizo el Sol con lo que dijo.
Y pues naciendo en voz, de voz procede,
¿quien dirá que no quiere, siendo Hijo?
¿Quién negará que, siendo Dios, no puede?

Y las "ínclitas razas ubperrimas", la "sangre de Hispania fecunda" no podía enmudecer, tenía que unirse a este coro de alabanzas. Y fue

México, por boca de Sor Juana Inés de la Cruz, que en el curso de una poesía dice:

"...como aroma de olor llena
a quien no tocó la pena
que tuvieron los demás ... ".

Y la misma nación mexicana añadió, en palabras de Alejandro Arango y Escandón:

Escogida por tí, de gracia llena,
la bárbara cadena
un punto no arrastró del enemigo:
tú alzaste el brazo airado,
Y no llegó ni sombra de pecado
al blando seno que iba a darte abrigo.

.....

El grande privilegio verdadero
confiese el orbe entero:
en ningún corazón la duda habite.
¿Quien, Padre soberano,
contó las maravillas de tu mano?
¿Quién hay, Señor, que tu poder limite?

Desde Cuba, cantó Gertrudis Gómez de Avellaneda:

Vos, la sola sin mancilla
de Adán en la prole insana,
y a cuya voz soberana
dobla el ángel la rodilla,
Vencedora del delito
que al precito
querub quebrastéis la frente,
y cuyo nombre potente
es en los cielos bendito.

Y en su canto a la Virgen de Indias, el guatemalteco Juan José Micheo, en versos sáficos, proclama:

Eres sin mancha, cual mujer ninguna;
tu pie a la luna y al querub humilla.
Fúlgido brilla tu cerúleo manto
llena de estrellas

Belisario Peña, colombiano, se suma al laudatorio coro diciendo:

Singular criatura,
sin cicatriz de culpa o sombra leve;
íntegra, no soldada, su hermosura
nada a la gracia que restaura debe;
ni oficio alguno en ella el perdón tuvo;
que nada por lavar en ella hubo,
ni albor más que añadir al de su nieve.

Para cerrar este apresurado recorrido por la hispana lírica, de España y sus Américas, volvamos a la madre patria. Mosén Jacinto Verdaguer, con acentos populares y sencillos, aunque llenos de poesía, nos dice:

Concebida sois, María,
es la canción celestial
que la tierra al cielo envía
como un himno triunfal.
Concebida sois, María,
sin pecado original.

Después de este escogido ramillete de rimadas alabanzas, vais a permitirme un atrevimiento, porque osadía es unir a tan excelsas muestras de poesía algo tan sin mérito como hijo de mi propia cosecha.

En efecto, yo que, entre otras cosas, soy cofrade, dediqué hace algo más de dos años unos versos, pobres como míos, a la Inmaculada Concepción; pero bajo la piadosa advocación de la Concepción Dolorosa, la Virgen que acompaña a Nuestro Padre Jesús Orando en el Huerto. Porque en la abnegada vida de nuestra Madre celeste, el gozo y el dolor van entretejidos y así no puede extrañarnos que el pueblo cristiano, con esa intuición en él connatural, haya unido la alegría de la Pureza Inmaculada con la pena y el dolor de la Pasión. Y a esa Virgen dije, sin otros méritos que los que da el filial cariño:

De la culpa de Adán libre naciste.
Porque Dios pudo y quiso, la morada
para el Hijo en el tiempo destinada
impoluta creó. Así venciste
a la sierpe del mal y así tuviste
bajo el pie su cabeza. Inmaculada,
del pecado de origen preservada,
por ser Madre de Dios lo merecisto.
El gozo, sin embargo, está en tu vida
con el dolor unido firmemente
como la espina vive con la rosa:
La dicha de haber sido concebida
sin mancha, y el pesar nimban tu frente,
Concepción pura, limpia, dolorosa.

Yo quisiera, yo quiero terminar con una invocación que la musa popular española/dedicó/hace ya mucho tiempo a la Inmaculada, una invocación que, estoy seguro, todos vosotros conoceréis. Y, desde lo hondo de mi corazón, le digo a la Purísima, a la que me protegió desde niño, a la que nos protege a todos:

¡Bendita sea tu pureza! Sí, bendita mil veces sea. Que desde este mundo sumido en un albañal de concupiscencias y de corrupción, en el que, metámonos todos y salga el que pueda, que nunca saldrá por sus méritos, sino por los que desde arriba se le regalen, en el que, digo, hemos entronizado al placer, a lo material, exclamemos como expresión de nuestros anhelos: ¡Bendita sea tu pureza! ¡Bendita sea tu pureza y eternamente lo sea! Ya sabemos que la eternidad, sin principio ni fin, es atributo exclusivo de Dios, la pureza de la Virgen existe no desde antes del principio; pero sí desde el principio, y no tendrá fin, o sea, que desde que comenzó María a existir en el pensamiento de Dios, fué, porque Éste lo creyó conveniente, lo quiso y lo hizo -decuit, potuit, ergo fecit- pura, sin mancha, sine labe concepta.

Y añadamos: Pues todo un Dios se recrea en tan graciosa belleza.

¡A qué honduras teológicas llega la musa popular! Verdaderamente, vox populi, vox Dei! Dios nos ama a todos con un amor infinito; pero se recrea, tiene su solaz en la Virgen bendita, en la que había de ser templo y morada de su Unigénito. Y en ella se recrea, porque si el Logos fue engendrado y no creado, el Cristo, en cuanto Hombre, sí fue creado en las purísimas entrañas de María, en la que el Verbo se hizo carne, y se hizo carne en tan graciosa belleza, graciosa en todos los sentidos, por su donaire, por su atractivo y porque su belleza estaba y está llena de gracia. Belleza a la que conviene la definición tomista, el esplendor del orden.

Y continuemos con esta fervida y conocida invocación, de un lado oferente, de otro deprecatoria:

A Tí, celestial Princesa, Virgen sagrada María,
Princesa, Reina, Emperatriz de los cielos y, más que nada y sobre todo, Virgen sagrada,